

## ESTORIL

LA NOCHE DEL 19 DE JULIO DE 1936

Tocaban un tal Willie Lewis y su orquesta. El Gran Salón estaba abarrotado, y Martín trataba de explicar al *garçon* cómo preparar un Negroni.

—Diablos... Ginebra, vermú y Campari. *Em partes iguais.*

El muchacho asintió en un rápido parpadeo.

El Gran Salón era una amplia estancia ovalada con el escenario a un lado y seis ventanales con vistas a los jardines y al Atlántico al otro. Habían colocado las mesas entre las columnas, con solo una pequeña holgura entre ellas para dejar un espacio en el centro utilizado para baile. La albura del interior contrastaba con la fresca noche de verano que comenzaba a extenderse fuera. El Casino Estoril, inaugurado cinco años atrás, se levantaba elegante, blanco, entre un mar de pinos y árboles de mimosa. Sus formas lisas, su postura sobria no tenían nada que ver con el Portugal de los años 30. Estoril era un oasis de exiliados, magnates del tabaco y buscavidas. Un remanso de lujo sin ostentaciones, uno de los escondites más cotizados para los peores hijos de puta de todo el sur de Europa. Un perfume distinguido impregnaba a toda aquella multitud. Parejas acomodadas y grupos de comerciantes que chocaban sus copas y chascaban sus langostas a la mahonesa.

El clarinete del amigo Willie bufaba al son de *Sing, sing, sing*, y el público comenzaba a moverse al eco de un *swing* recién aterrizado en Europa. Martín permanecía en su silla. Sobre la mesa, un paquete de Pall Mall, una cajetilla de fósforos y el *Diario de Lisboa* del día, cuyo titular rezaba «*O general Franco intima Martínez Barrio a entregar o poder*». Lo que debía ser un croché a la mandíbula había acabado siendo una bofetada en la mejilla. «*As primeiras tropas revoltosas desembarcaram esta manhã em Cadiz*».

*Esto va para largo*, pensó Martín.

—Crema reina, langosta, lomo asado... El menú del día tiene buena pinta, ¿verdad? —Lisa, con un sugerente vestido azul, acababa de sentarse.

—El pollo está en su punto —le dijo Martín.

—Pues la perdiz deben de servirla sola. Sin acompañamiento.

—¿No lleva guarnición?

—Nada de nada, me lo ha dicho el mozo.

Miraban los dos unas cuantas mesas más allá. Entre sombreros *boater* y vestidos de tubo había dos hombres, uno de ellos entrado en años. Erguidos en la silla, rígidos en exceso, insensibles a los tambores de la banda. José Sanjurjo y su hijo, Justo. El que un día fue alto comisario en Marruecos y director de la Guardia Civil disfrutaba de un exilio de oro, de un amargo paraíso lejos de su España. Condenado en el 32, el penal de El Dueso no había conseguido mellar el espíritu del León del Rif. Conspirando hasta sus últimos días.

Además de su hijo, otros dos gorilas, exmilitares, escoltaban al general; este se movía siempre acompañado, incluso a sus entrevistas con las putas del barrio alto de Lisboa, donde se decía que, entre fado y fado, el general había pillado una estupenda sífilis. Estando, pues, en el extranjero, en una ciudad casi desconocida para Martín, sin apoyo humano ni logístico de ningún tipo y rodeado de informantes y excombatientes, toda precaución era poca. A pesar de tener treinta y tantos, llevaba ya unos cuantos años en el oficio. Y unos cuantos años en aquel oficio eran muchos. El adiestramiento y sobre todo la experiencia habían pulido una serie de técnicas y protocolos con el único objetivo de minimizar la elevada posibilidad de recibir un balazo y acabar en un agujero no muy profundo. Por ejemplo, una conversación gastronómica que a oídos de cualquiera podía parecer banal para Martín podía significar mucho más. «Pollo» podía querer decir «objetivo». «Perdiz» representaría un avión, y «guarnición» significaba «seguridad». Lo tenía claro. Este tipo de métodos eran básicos para asegurar su pellejo en su sitio. Nunca sabías hasta qué punto un crupier, un barman o una azafata podían jugarte una mala pasada.

Vigilaron a padre e hijo durante el tiempo acordado. Llegado el momento, Martín miró el reloj y se marchó. Anduvo por los jardi-

nes del casino hasta la playa de Tamariz. Minutos después llegó Lisa. La observó bajando por la avenida de Clotilde. Una joven de facciones duras. Rápida de mente, útil. Lo había hecho realmente bien esos dos días.

—Parece que lo de mañana está preparado —dijo—. En fin, ¿cómo puede un héroe de guerra acabar siendo un traidor a la patria?

Martín permaneció en silencio.

*¿Cómo pueden, hombres y mujeres adultos, seguir siendo tan ingenuos?*

—¿Has hablado con mi agente del PVDE? —preguntó Martín después de un instante, sin contestar a la pregunta de Lisa.

—Sí, él me ha contado que el avión está sin vigilancia.

—Déjame adivinar: te ha dicho algo más.

—Sí. —Sacó un papelito del bolsillo y leyó sin entender, juntando las cejas—. El avión es un Puss Moth, no un Dragon Rapide.

*Todo según lo previsto.*

Martín disfrutaba de esos momentos en los que todo parecía ir bien, en los que todas las piezas de una lubricada maquinaria encajaban con precisión. No era incompatible, en su opinión, aquella sensación de leve satisfacción con la minuciosidad más absoluta o con la desconfianza ante lo inesperado. Al contrario: ese breve deleite le aseguraba un estado de confianza controlada y máxima concentración.

Caminaban hacia el hotel. Una suave oscuridad encapotaba la ciudad. Pasaban por una pareja de enamorados en un domingo de verano. Lisa, si aquel era su auténtico nombre, intentaba esconder la ansiedad del día antes. Se enfrentaba a su primera gran acción. Las cejas planas, los ojos caídos no eliminaban cierta belleza risueña en un rostro endurecido. Su forma de caminar, la rígida manera de balancear los brazos exponían una educación estricta, marcada quizás por un padre militar o la severa disciplina de la madre. Se la veía incómoda, como a muchas otras personas, paseando en silencio. La verdad era que no sabía mucho de ella, de Lisa. Afiliada a la Sección Femenina de la Falange desde su fundación, fue captada por el Cuerpo de Vigilancia para un trabajo en el que habrían hecho falta armas de las que ningún hombre puede disponer, o eso suponía Martín con la cada vez más habitual incorporación de muchachas como Lisa a un trabajo de hombres como era el suyo. En

cualquier caso, había demostrado su valía en muy poco tiempo. Era, al contrario de los hombres con los que solía tratar, de ver, oír y callar. Y de hacer, de buen hacer.

—¿Tienes noticias de España? —preguntó Lisa por preguntar.

—Poca cosa. —Ella le cogió la mano cuando pasaron cerca de dos agentes de la PSP—. Al parecer, en Madrid la UGT y la CNT están empezando a repartir armas entre la población.

Lisa lo miró encendida, con los ojos como focos acerados.

—¿Cómo dices?

El pecho resistía los envites de la respiración. Las mejillas le palpitaban y la sangre le encendía los carrillos.

—Como lo oyes —le confirmó Martín, sereno.

*¿Algún amante? ¿Algún familiar en la retaguardia?*

—No pensarías que toda esa gente se iba a quedar en casa, ¿verdad? —Martín echó sal en la herida. Le encantaba hacerlo.

Lisa no contestó, por temor a romper a llorar, quizás. Y no era una de esas mujeres que lloriquean a la vista de cualquiera. Continuó caminando en silencio, siguiendo las vías del ferrocarril. Sí era, en cambio, una de esas personas convencidas. De las que daría su vida por una causa. Falangistas o comunistas. Monárquicas o republicanas. Carlistas o socialistas. Personas que seguían, al fin y al cabo, las ideologías cerradas, los decálogos para niños que otras habían dictado para ellas.

—Esos putos rojos quieren una carnicería —dijo al fin—. No les ha bastado con joder todo un país. Ahora quieren una matanza.

*La sartén al cazo.*

—Esos «putos rojos» harán bien en defenderse. —Ella lo miró irritada—. Digo yo.

—Pero tú ¿de qué lado estás?

Se le había olvidado a Martín que había que estar de uno.

—Hoy, de este. Mañana, del que mejor me pague. —Compuso su mejor sonrisa, esa que era imposible tomar en serio.

—Vamos, que eres un mercenario.

—De los mejores, señorita.

Ella lo escrutaba intrigada tras sus lentes circulares. Él, acostumbrado a verla con traje de faena, revelaba en su vestido nuevas formas y peligros hasta entonces ocultos. Los guantes de marfil

brillante y el satén azul océano dibujaban una silueta cadenciosa, más recia que frágil, más fuerte que hermosa.

—¿Qué harás cuando termine todo esto?

Dejó pasar el tiempo antes de contestar y miró al cielo turbado.

—No sabemos ni lo que pasará mañana, Lisa.

—No sé yo si eres de los que se pone en primera línea de batalla.

¿Acaso no era eso, después de todo, lo que definía la valía de un hombre? Su temeridad, su miedo, no a ser acribillado a balazos ni a volar en mil pedazos, sino a ser tenido por cobarde.

—Para eso primero tendría que tener claro en qué lado de la batalla colocarme.

La boca de Lisa sonreía amarga, escéptica. Los labios, pulpa color carne, tenuemente cortados en decenas de láminas verticales, escondían unas paletas con una ínfima abertura que infantilizaban un aspecto severo.

—No me creo que no creas en nada.

—Esa es la cuestión, ¿no? —musitó Martín acercando su rostro al de Lisa—. En algo hay que creer.

—Te he observado estos dos días —dijo ella sin arrugarse—. No eres el tipo que todos creen que eres. Eres diferente. Eres el único que no me ha mirado las tetas ni una sola vez. —*Eso es lo que tú te crees, bonita*—. El único que no ha intentado sobrepasarse conmigo desde que estoy en este trabajo.

—No me lo tomes a mal, Lisa. —Sonrió—. Hay un refrán que dice: «Donde tengas la placa no metas la estaca». Lo llevo a rajatabla desde hace un tiempo.

*Menos del que debería, en realidad.*

—Ve algo dentro de ti, algo que te mueve. Y no es el dinero. Ni la venganza. ¿Qué es lo que te mueve, Martín?

—No soy de los que mueren por una causa.

—Pero sí eres de los que matan por ella.

—Ni más ni menos de lo necesario. Tú y yo vamos a matar mañana. O, quién sabe, a morir.

Llegaban al Hotel Inglaterra. De estilo modernista y de amplias estancias. Estaba ideado para los nuevos turistas que, como Lisa y Martín, descubrían Estoril.

—Ayer pensaba, cuando hablabas con los de la FAI —eso último lo había dicho tras asegurarse de que no hubiese moros en la costa—, en que, a poco que lleves en este oficio, habrás apretado el gatillo unas cuantas veces.

—¿Es algo que te preocupa?

—No en exceso, pero preferiría no tener que hacerlo.

—Si te sirve de algo —Martín intentaba no sonar paternalista—, el fulano que se te ponga enfrente no va a tener remordimiento de ningún tipo.

Ascendieron por el camino de grava y subieron la escalinata de mármol.

—A eso iba. —La conversación distraía los nervios de Lisa—. A los remordimientos. Creo que si cruzas esa línea ya no hay marcha atrás.

Entraron en la habitación. La estancia se mantenía a media luz. Dos apliques de cristal azulado aclaraban la cama de matrimonio. Unos centelleos de color plata debilitaban la opacidad de la noche.

—Querida Lisa. —No pudo evitar sonar paternalista al final—. Desde que naces ya no hay marcha atrás.

Lisa comenzó a desvestirse, pero, al contrario que la noche anterior, no le ordenó esperar en el baño.

—Antes has dicho... —seguía desnudándose. Primero los guantes y los zapatos D'Orsay. Después las medias. Pero sus ojos no perdían de vista los de Martín— que no sabemos lo que pasará mañana.

Se tumbó sobre la cama, a falta del liguero, desnuda, y la vista de Martín fue a parar a su panza, al ombligo. Un roto sobre un vientre ligeramente combado. Dos hendiduras firmaban el abdomen, que resistía la carga de unos senos regios, modelados en estupenda armonía con la figura, en proporción ideal al resto del cuerpo, fino y poderoso a la vez. Las clavículas sobresalían bajo cuello y hombros, que atrapaban los brazos afilados y las uñas Balmain. Y abajo, más abajo, la pelvis. Descarnado preludio del juguete de los horrores y los amores. Chisme demencial. Botón de gloria y olvido.

Desde luego, Lisa desconocía lo que iba a pasar al día siguiente, pero Martín... Martín en realidad sí lo sabía.

## LA MAÑANA DEL 20 DE JULIO DE 1936

La luz de la mañana atravesaba las endebles cortinas de la habitación y Lisa permanecía desnuda sobre la cama. Martín, en la rutina de las cosas colocándose por inercia o destino en su sitio, se daba una ducha mientras el cianuro hacía su efecto. Había vaciado el contenido de la ampolla en un pequeño zumo de naranja para asegurar su rápida absorción. Vitamina C y ácido cianhídrico. Ese olor como de almendras amargas siempre le traía buenos recuerdos. Para ahorrarse la parte de las convulsiones —*francamente, un engorro*—, se metió en el baño, echó el pestillo y comenzó su ritual de cada mañana. Se arregló la barba y se aplicó gel para el cabello. Se abrochó el traje azul marino de Oxford, de americana larga y pantalón de talle alto, se ajustó los tirantes y se anudó la corbata y los cordones de sus zapatos *Brogue*. Seguía cada uno de los pasos como un rito antes de un acontecimiento importante. Como el novio antes del «Sí, quiero» o el cura antes de la hostia. No convenía dejar ningún detalle al azar —*ese cabrón*— en un día como ese.

Una vez fuera del baño, comprobó la falta de pulso de su querida Lisa. Estaba fría, con las mejillas de un leve azul. Muerta, pero, eso sí, con sus ideales intactos. Abrió el cajón de la cómoda con la pequeña llave. Cogió la pistola, su Astra 300 —o su «purito», como él la llamaba—, el pasaporte y otros documentos falsificados.

Salió del hotel y se montó en el coche, no sin antes advertir al recepcionista.

—La señora Navarro se encuentra indispuesta y no va a salir esta tarde. —Deslizó un billete por el mostrador—. Que nadie la moleste.

Había sido una buena compañera. Habría preferido no acabar de aquella forma, pero *Él* había insistido. Tampoco estaba Martín para pensar en aquellas cosas. Había aprendido a centrar sus esfuerzos allá donde tuviesen una posibilidad real. A dejar huir lo que escapaba a sus manos y a su control.

Condujo a través de una sucesión de níveas callejuelas y estrechos pasadizos con chalés y sus piscinas en construcción. En las

paredes se alternaban carteles ensalzando a Salazar, *Salvador do Patria*, y anuncios ilustrados de turismo en la Costa del Sol. Después de quince minutos, se introdujo en un camino de tierra y aparcó tras un silo. Había dejado atrás la ciudad limpia, la delicadeza de los árboles y los jardines de césped puntiagudo para caer en un arenoso. Una gran meseta de polvo ámbar y aire enlodado. El depósito se encontraba a trescientos metros de un campo labrado circundado por un vallado de piedra. Su posición, estudiada el día anterior, era bastante buena. Lo bastante cerca como para verlo todo y llegar el primero. Lo bastante lejos como para no ser visto antes del despegue. Como todavía tenía tiempo, registró la zona para asegurar la mejor vía de escape posible y despejó la calzada de piedras. Se sentó a esperar en el coche. Repasó cada uno de sus movimientos desde su llegada a Estoril. Los tanteos y las conversaciones. Buscó algún descuido en el proceso, algún error inadvertido. Visualizó la acción. La tensión hacía que le palpitara las sienes, que el ritmo cardíaco galopara. Cerró los ojos, embocó la respiración y controló sus constantes. Apretó los puños para mitigar el ligero temblor. Sacó el paquetito enrollado de cocaína y esnifó una punta. No debía de quedar mucho para el comienzo del baile.

Al cabo de un rato, escuchó el traqueteo de un motor en la distancia.

*Es la hora.*

Lo único malo que tenía su posición era que solo alcanzaba a ver la última parte del hipódromo de Quinta da Marinha. Esa era la pista de despegue improvisada por el aviador Juan Antonio Ansaldo para llevar al general Sanjurjo a Burgos.

El ruido de la máquina se intensificó y todo ocurrió en segundos. La avioneta trató de coger la mayor velocidad posible, y para ello apuró al máximo el momento del despegue levantando una gran polvareda. Se alzó muy cerca ya de la arboleda al final de la campa, y cuando parecía haberla superado, una de las hélices se enganchó en la copa de un pino. El aparato sufrió una vibración violentísima. Apenas avanzaba de sacudida en sacudida. De repente, la vibración del aparato se apagó; quedó sin motor. Y la Havilland 80-A Puss Moth giró a la derecha y comenzó a descender hacia el terreno que Martín tenía enfrente. Iba a realizar un aterri-



zaje de emergencia. La Puss Moth se tiró sobre el campo labrado en silencio, con la calma que precede a las tempestades, con la apatía que anticipa las balaceras. El pequeño aeroplano colisionó con brusquedad contra el suelo y botó varias veces antes de prender tierra firme. El aparato siguió avanzando a gran velocidad por el irregular terreno, cortando el aire hacia su fatídico final, haciendo imposibles los intentos del aviador por controlar la máquina. El muro de piedra que rodeaba parte del campo se encontraba a apenas unos metros, quince, diez, ocho, cinco ya, y no parecían ser capaces de esquivarlo.

La avioneta se desmigajó contra el cerco, se deshizo como un pedazo de pan mojado contra el suelo. La parte delantera del avión se abrió. La sección media —donde se situaba el tanque principal de gasolina— estalló y lanzó al cielo millones de partículas de hierro calcinado.

Martín jugaba con el cigarro apagado en la boca mientras se acercaba. Distinguía ya el inconfundible perfume del combustible en ignición. Los últimos cascotes, los más livianos, ropas calcinadas, papeles quemados, flotaban en el aire mezclándose con la polvareda del terreno y conjuraban una escena de infierno terrenal. Un paisaje de atentado. De hollín y negrura. Martín sorteó los primeros restos del fuselaje. Se tapó la boca con el pañuelo de tela y se puso las gafas de carey. Una bocanada de humo se alzaba, formidable, por toda la Quinta da Marinha. Llegó a la parte delantera de la avioneta y entonces lo vio. El Marqués del Rif, el hombre que se hizo a semejanza de la patria que creyó defender. Igual que ella, lo fue todo y después nada. Fue héroe y luego villano. Al final, cayó en presidio y más tarde en exilio de su tierra y de sí mismo, desconocedor de que después de todas las guerras, de todos los peligros, el mayor de todos ellos iba a ser aparecer en la lista de Martín Araoz, en la cual no se escribe otro nombre hasta que se haya tachado el anterior.

El general, todavía atado al asiento que comenzaba a arder, mostraba un gesto burdo. Tenía la boca abierta hacia un lado y la cabeza algo desfigurada, con la bóveda del cráneo descolocada. Martín sonrió para sí.

*Tanto rogar al Cristo de la Buena Muerte...*

Vestía de paisano. Traje y corbata negros. Algunas de las prendas se empezaban a quemar y otras todavía no. En el bolsillo interior de la chaqueta asomaban tres o cuatro medallas militares. A su lado, en el suelo, sobre una pieza del armazón con las letras «EC-VAA», yacía Ansaldo. Martín prendió el fósforo con la chaquetilla del general y se encendió el cigarro. Dio una calada. Lo saboreó como si fuera el último y el humo se disipó en la nube de color asfalto que ascendía a cielo descubierto. Miró a la cara del que un día fue su superior y se cuadró antes de alejarse un par de metros. Giró la cerrilla, con el fósforo hacia abajo para mantener viva la llama, y la arrojó con un golpe de su dedo corazón al tanque extra de gasolina que su mecánico había instalado la noche anterior. Se esfumó de la escena tras comprobar cómo las llamas comenzaban a devorar lo poco que quedaba de la Havilland 80-A Puss Moth.

Aceleró el paso para llegar hasta el Citroën Traction. Antes de alejarse, le dio tiempo a distinguir a un grupo de personas, sin duda familiares y adeptos del general, corriendo por el hipódromo. Quizás sin entender aún o con la vaga esperanza de encontrar al veterano militar apenas rasguñado y maldiciendo a la mala suerte. Todavía sostenía el cigarro en la mano izquierda cuando desapareció del lugar.

Callejeó, evitando las avenidas más amplias. Comprobando cada esquina. Revisando los retrovisores cada pocos metros. Cogió la carretera que bordeaba la costa para llegar a Cascais. Aparcó en la zona conocida como Boca do Inferno. Una sucesión de acantilados y despeñaderos escarpados. La fuerza del mar había excavado en la roca, engulléndola y creando espectaculares brechas que dejaban paso al vigor de las olas y a unas crestas a las que no era recomendable asomarse.

En el extremo de uno de aquellos peñascos esperaba João Quintal, su mecánico, un anarquista de la FAI portuguesa con el que Martín había contactado dos días atrás gracias a un agente infiltrado entre los sindicalistas de Madrid. Apretujaba su gorra tipo *Gatsby* y se movía de un lado a otro. Un aire gélido, limpio, entraba por el sur. El oleaje colmaba el viento de los sonidos del mar. Quintal preguntaba con los ojos, inquieto, mientras Martín se acercaba con una bolsa de tela.

—Tranquilo, todo ha ido bien. —Dejó la bolsa en el suelo, muy cerca del borde—. Y aquí, una considerable aportación de la República Española a la noble causa anarquista portuguesa. Cuéntelo.

El portugués se agachó para contar el contenido de la bolsa.

—Entiendo —Martín lo miró mientras sacaba otro cigarro de la cajetilla— que no ha comentado esto con nadie.

—*Não, senhor.*

—Con nadie. —Balanceaba el pitillo entre los dientes—. Ni compañeros, ni camaradas ni compadres.

—*Eu prometo, senhor.*

El mar rugía a su alrededor. Las olas martilleaban la roca con vehemencia.

—Oye, João —João seguía contando el dinero—, ¿sabes por qué a esto lo llaman Boca do Inferno?

—*Não, senhor.*

—Porque dicen —prendió la cerilla, y, con ella, el cigarro— que los días de temporal se oyen voces ahí abajo.

Martín comprobó que no hubiese nadie alrededor y apoyó la suela de su zapato en la espalda de João, lo empujó a la nada, su cuerpo se despeñó, inerte, flojo, sobre la roca afilada y desnuda, cayó unos diez metros antes de rodar sobre el agua y esconderse para siempre en la profunda cavidad de la caliza.

*Al pobre no le ha dado tiempo ni a gritar.*

Regresó al Citroën Traction con la bolsa en la mano. El camino hasta Salamanca era largo. Todavía se distinguía un pequeño reguero de humo en lontananza. Fumó. Lo saboreó. Dejó penetrar el vaho; ese aire de establo, de cuadra descuidada y cuero seco que inunda un pecho y eriza la piel.

Definitivamente, el mejor cigarrillo era el de después; el de después de matar.



# PARTE 1



# 1

## CIENTO VEINTE PESETAS PARA UN AMIGO

MADRID

6 DE AGOSTO DE 1930

Siempre se los encontraba en los salones del hotel Palace. Nunca fallaban. Amontonados entre refinadas lámparas de cristal dorado. Repantigados, unos y otros, junto a bustos de reyes y botellas del mejor coñac. Buscando, unos, un lugar más alto desde el que espirar el humo de sus habanos. Desesperados, los otros, por mantener bajo la suela de sus Louis Vuitton cuantos más súbditos, mejor. En los sofás más ahuecados, ministros y diplomáticos se repartían un país en ruinas por los viejos tiempos. Espías y traficantes, buitres de todo tipo y plumaje, trataban de hacerse con la carroña restante y así perpetuar una raza de maleantes a la orden. La vileza como deporte nacional.

En el bar, Martín apuraba su cóctel. Estaba sentado a la mesa más cercana a la chimenea en una butaca verde silueteada de gruesas costuras. Olía a humo caro y moqueta nueva. Las paredes, paneles de madera rectangular, enmarcaban fotografías de personajes distinguidos —escritores, aristócratas, actrices— y encerraban el vapor de los cigarros que trataba de abrirse paso hacia las salas contiguas.

Un mar de murmullos rodeaba a Martín. Una inmensidad de conversaciones parciales, de frases imposibles de ser separadas, desmenuzadas para ser distinguidas y construidas en un relato. Cerraba los ojos esforzándose en ubicar cada diálogo. Las palabras se solapaban unas con otras. Martín ponía su empeño en captar al menos una de ellas y poder seguir con la siguiente y la siguiente, y así articular una historia con sentido. Era una de esas cosas que ponía en práctica

cuando no tenía nada que hacer. Aprovechaba el momento para depurar una técnica que pudiera serle útil en el futuro. En ese caso, ser capaz de distinguir una conversación en un lugar concurrido sin llamar la atención. Era un hábito que había ido cogiendo con el tiempo, pues nunca es mal momento para afinar ciertas habilidades.

—Gabino, otro de estos, por favor. —Se había levantado y ojeaba los libros de la estantería empotrada junto a la barra—. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Un Negroni, señor.

El estante cumplía con las exigencias de la moral patria: *Cantares de Nuestra Señora, Don Juan Tenorio...*

—Joder, Gabino, esto está más triste que un sereno sin luces.

—Calle, calle. —El barman meneaba la coctelera con preseteza—. No puede uno ni decir «bonita» a una hembra en estos días. Como para andar complicándonos con los libros. —Se ajustó las gomas de las mangas—. ¿Quiere algo más?

—Sí, dame unas bolas.

Tenía algo el billar que lo diferenciaba de cualquier otra cosa que Martín hubiese practicado en su vida. Tuvo que aprender a defenderse para entrar en el círculo de amistades de un importante industrial en Salamanca. Tenían algo esos tapetes verde manzana. Tenían algo esos focos y ese humo en suspensión que sacaban lo peor del hombre. El polvo de una sala señorial, como la debilidad de un pez gordo, quedaba al descubierto en una mesa de nueve pies. Inflexible con las dudas y la cólera.

Martín comenzó a pelotear con el cigarro en un extremo de la boca y el humo picándole en un ojo cuando se aproximaron dos chavales. Los había visto con el rabillo del ojo mientras caminaba hacia la mesa. Uno de ellos vestía chorreras, polainas y media melena despeinada con un aire de farolero impropio de un moco de veintipocos. El otro, más tímido, pensó Martín, vestía un traje negro de corte clásico desgastado debido al uso. Chaleco gris y pajarita azabache. Juntos hacían una película de Chaplin.

Martín empezó a golpear las bolas de forma errática. Ninguna de las que atizaba lograba entronerarse, y el taco se le escapaba de las manos. Continuó así durante unos minutos antes de acercarse a la mesa auxiliar y pegar un trago del cóctel con aire resignado.



—Disculpe, señor. —El chico de las polainas—. Estábamos aquí mi compañero y yo y nos preguntábamos, ya que parece usted un hombre respetable, si podría echarnos una mano.

*Vaya ojo, muchacho.*

—¿Cuál es tu nombre? —Los miraba la versión afable de Martín—. El tuyo y el de tu compañero.

—Perdóneme; quien le habla es Amador, y aquel enano asustadizo de ahí es Nico.

—Encantado, Amador. —Enseñaba una cara neutra, fiable. Esa que tantas veces había ensayado—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Verá... —El chico se desenvolvía bien. Era catalán; intentaba disimular una ele que le patinaba—. Un amigo nuestro tiene que coger un tren urgente de vuelta a Zaragoza, pero se ha quedado sin una peseta. De las ciento veinte necesarias, hemos recaudado ya sesenta.

Martín echó un vistazo al chico de detrás. Pelo encerado y sonrisa introvertida. Pero los ojos, los ojos escondían un carácter endemoniado.

—Quizás podría contribuir a completar lo que falta. —El melenas forzaba un tonito educado.

Consideró mandarlos al diablo, pero, al fin y al cabo, no tenía nada planeado para esa noche, y ¿quién era él para rechazar un poco de diversión gratuita?

—Puedo contribuir, pero quizás no de la forma que estáis pensando. ¿Qué os parece si nos jugamos esas sesenta pesetas a una partida? —Martín pasó la mano por el tapete y el muchacho dudó, o fingió dudar—. Ya sé que el juego está prohibido, pero un poco de diversión no hace daño a nadie. Y yo estoy borracho y cansado de jugar solo.

Los jóvenes se acercaron y hablaron entre dientes. Al otro chico, al tímido, no parecía gustarle la idea. El catalán trataba de convencerlo con aspavientos disimulados.

—De acuerdo —dijo el catalán—. Pero yo rompo.

Salía el amigo de las chorreras. Se atusó un bigotillo incipiente. Agarró el taco con seguridad y dispuso la mano izquierda con relativa pericia. Los dedos meñique, anular y corazón y la parte externa de la palma, apoyados contra el tapete. Los dedos índice y pulgar,

formando una circunferencia por la que el palo se deslizó hasta golpear la bola blanca con fuerza, que corrió la mesa y chocó con la primera bola del montón agrupado en forma de triángulo. El paquete se abrió y las bolas se desperdigaron. La bola blanca quedó en mala posición, tapada entre un grupo de rayas y lisas. Los curiosos comenzaron a aproximarse. Las conversaciones de alrededor se apagaron por un instante mientras los ojos se establecían en la mesa. Martín sabía que no tenía tiro limpio posible. Tres bolas amontonadas en la banda complicaban la partida. Lo más prudente era ejecutar un tiro defensivo y llevar la bola arriba. Y así lo hizo. La gente se arremolinaba. Algunos se sentaban en los taburetes cercanos para seguir el juego. En ese momento, todavía agachado después de tocar la bola, Martín sintió que algo no iba del todo bien. Entre todos aquellos mirones detectó un movimiento que hizo saltar todas sus alertas. Una mano dejando un sombrero tipo Homburg sobre la mesa. Un hombre corpulento apoyando sus manos sobre las rodillas para sentarse, ocultando su rostro en la penumbra.

El tiro defensivo había sido bastante bueno. Dejaba solo una bola larga con posibilidad de ser introducida. Un tiro complicado que no intimidó al chaval. La dificultad del tiro no intimidó al chaval, que sacudió el taco con demasiada fuerza y desvió la bola de su objetivo. La bola fallida colisionó con otras y abrió la mesa. Ahora, Martín tenía donde escoger.

El hombre corpulento fumaba, los dedos de su mano tamborileaban sobre la madera y su cara continuaba oculta tras un haz de oscuridad. Martín debía darse prisa. Concentró todos sus esfuerzos en el escenario que tenía delante. Calculó distancias, posibilidades, dificultades y salidas. Pequeños mecanismos adquiridos en su oficio que aplicados al juego le daban cierta ventaja. Comenzó con un tiro fácil para ganar confianza. Con un ligero corrido dejó la posterior bola angulada. La propia inercia del taco llevó la blanca a la parte alta de la mesa y embocó las tres siguientes bolas con facilidad. La que estaba pegada a la banda era la más difícil.

*La bola clave.*

Con una salida un poco complicada hacia la próxima. Pegó un vistazo al hombre en la oscuridad antes de situar la mano sobre el paño. La palma apoyada, cóncava, y juntados los dedos índice y

pulgar para formar un arco en la intersección de ambos por donde deslizar el taco. Golpeó de forma suave y la entroneró. Solo le faltaban dos. Para la penúltima, aplicó un generoso retroceso y fijó la bola blanca frente a la negra en un tiro franco a la tronera central. El hombre del fondo permanecía inmóvil, con la mirada puesta en la mesa. Martín clavó la bola blanca después de introducir la negra. Pero más clavado se había quedado nuestro compañero el polainas. Sus ojos, que antes lo miraban como quien mira a un puto pardillo, ahora lo observaban con una mezcla de odio y estupefacción.

Se recompuso antes de hablar.

—Bueno, amigo —dijo con una risita ridícula—. Convendrá conmigo en que había una clara desventaja...

—Solo lo voy a decir una vez, *amigo* —le cortó Martín. Su sonrisa no era nada amable ahora—: las sesenta pesetas.

Martín había hablado sin dar opción ninguna de réplica. El muchacho de las polainas se apresuró a abrir una cartera y a extraer las monedas antes de ponerlas sobre la palma abierta de su mano.

—Señor... —Qué placer escuchar la voz lastimera de un colegial—. Ni siquiera nos ha dicho su nombre.

—No, no os lo he dicho. —Se rio Martín mientras se alejaba—. Y empieza a vestir como una persona, joder.

El hombre en la sombra continuaba fumando. Su rostro se mantenía escondido en la oscuridad, y por eso no pudo ver Martín cómo decía lo que dijo.

—No pierdes la ocasión de desplumar a un pardillo.

—¿Por qué iba a hacerlo? —respondió Martín en una sonrisa—. Ya sabe, soy un fiel partidario de no perder los buenos hábitos.

—Eso, el hábito es lo que te voy a poner como me toques los cojones.

—No me atrevería yo a hacerle tal cosa, jefe.

—Yo a ti sí. —Baldasar Quirán puso sus casi dos metros en pie—. Vamos a dar una vuelta.

—Son casi las once —se quejó Martín.

—Venga, funcionando he dicho.

## 2

### TRES DÍAS

La noche calurosa atizaba Madrid. Los coches hacían «tump-tump» al subir y bajar, a pesar de la hora, una carrera de San Jerónimo atravesada por los raíles del tranvía. El alumbrado encendía, tenue, la avenida, que mantenía a escondidas lo que no debía verse. Los transeúntes regresaban a sus casas con sus chaquetas en la mano y el bochorno golpeaba la ciudad como un chorro de calor saliendo de un horno en combustión. Subían por el lado de los impares, y Baldasar Quirán caminaba juntando las manos en la espalda. Estiraba los pasos al más puro estilo perdonavidas, y eso divertía a Martín.

—Hablemos. —Era una característica particular del jefe anunciar una conversación futura, lo que normalmente quería decir que quien iba a hablar era solo él—. Tenemos una oportunidad de oro, Martín.

—Usted dirá.

—Borra esa sonrisa de la cara, cojones —masculló enfadado.

—Bueno, hombre, bueno. —Martín lo miraba con la misma sonrisa—. Últimamente está usted un poco irascible.

—Estoy como tengo que estar. —Saludó, cortés, a una pareja que bajaba la calle—. No como tú, que vas por ahí riéndote de la vida.

—Qué poco me conoce, jefe.

—Con el próximo marido celoso te las arreglas tú, muchacho.

—Mándemelo, no se preocupe.

—Pero ¿vas de que todo te importa un pito o qué? A mí no me engañas.

—A usted no, jefe.

El jefe, como le gustaba que lo llamaran, dirigía la recién creada Brigada de Información del Cuerpo de Vigilancia de la Policía, y Martín era uno de sus primeros y mejores agentes.

*El mejor, dejémonos de modestias.*

Su cometido era facilitar al Gobierno las informaciones y los análisis que permitieran prevenir cualquier amenaza externa o interna —real o imaginaria— a los intereses de la nación. Pero como todo hijo de buena familia sabe, en España los enemigos de verdad, los que hay que exterminar, se encuentran entre los Pirineos y el Estrecho, y antes de barrer en casa ajena, hay que pasar el polvo en la propia. No es que Martín tuviese predilección por una ideología u otra: ese trabajo le aseguraba un modo de vida, así de sencillo. El mejor, en su opinión. Una existencia donde una conversación es la diferencia entre el éxito o la muerte. Donde una frase equivocada firmará un ingenioso y memorable epitafio. Donde uno es, a diferencia del resto, dueño de su suerte y sus fracasos.

—Te advierto, muchacho. —*Cuidado, se quita el sombrero*—. Si fallas en esto, todo lo que hemos conseguido no habrá servido para nada. Y volverás al agujero del que venías. Esté donde esté.

—Me asusta usted.

—Tenemos a Suñer más encoñado que nunca. —Sus ojos eran más severos de lo que Martín jamás había visto; estaba de veras preocupado—. No podemos darle esa satisfacción.

—Descuide, jefe: no más maridos celosos, lo prometo.

La brigada, dependiente de la Dirección General de Seguridad, había conseguido importantes logros en apenas dos años. Y esto había levantado las desconfianzas de otras unidades, en especial la de Investigación Social, antes llamada Brigada de Anarquismo y Socialismo, dirigida por el todopoderoso Francisco Suñer.

Subieron frente al Congreso, en cuya fachada se leía «Asamblea Nacional». En el Reina Victoria se interpretaba *La Dolorosa*, y un poco más adelante, un grupo de personas se arremolinaba frente a Lhardy, aguardando, seguro, la salida de alguna vedete.

—Ha llegado a nuestros oídos que los republicanos están preparando algo gordo.

—Bueno, siempre están preparando algo gordo, ¿no? —El jefe lo volvió a mirar con fastidio—. Si no son los unos son los otros, y si no...

—Cierra la boca, anda.

—A mandar.

—Como te iba diciendo —hablaba con sequedad—, los rojos están haciendo de las suyas. Están aprovechando este Gobierno de flojos que tenemos para organizarse.

—Como le escuche el general Berenguer...

—Que me escuche. Nunca debieron permitir a los socialistas entrar en el Gobierno. Y si creen que dejar a toda esa turba de maleantes campar a sus anchas por las calles va a solucionar algo, la llevan clara.

—Cómo se le ocurre al obrero atacar al pobre capitalista, ¿verdad, jefe? —le dijo Martín con recochineo teatral.

—Sindicalistas, muchacho, sindicalistas. Y después de amnistiarlos, ahora dice que quiere convocar elecciones. ¡Elecciones! ¿Para qué? ¿Para que ganen los comunistas? Esto no es una dictadura ni es nada.

Martín debía sentirse alarmado.

—Hablaban usted de que los republicanos están tramando la mundial.

—Está raro el ambiente, Martín —continuó Quirán—. La gente está perdiendo el miedo. Los charlatanes vuelven a ser escuchados.

—Entiendo.

—¡Qué vas a entender, hombre! —Se quitó de nuevo el sombrero.

A diferencia de Martín, Quirán era un hombre ambicioso. Entregado a las intrigas policiales, a las conspiraciones internas. Aspiraba —qué sabía Martín— a un caserón de seis habitaciones, a un despacho en un piso más alto. O quizás a sellar su nombre en los libros de Historia. Nada de eso concernía a Martín. Él estaba donde quería estar. Vasallo de sí mismo y de su idea de la vida, un peligroso laberinto atestado de canallas donde uno debe estar dispuesto, si quiere llegar al último callejón, a descubrirse a sí mismo como el más vil de todos.

Además, el jefe participaba de todos aquellos enredos políticos. Se sentía parte de ellos, los maldecía o los celebraba según la ocasión. Todo aquello afectaba a su trabajo y a su humor. Y no es que Martín ignorase los asuntos de actualidad: se mantenía informado, sobre todo por una cuestión de pura profesionalidad. Sencillamente, todas esas cosas le importaban un carajo. Y eso lo hacía parecer un puto indolente a los severos ojos del jefe.

Llegando a la Puerta del Sol, llamaba la atención ver las peluquerías y los establecimientos de loterías cerrados. La tienda de pajaritas y la librería, con las correderas bajadas. La plaza era un trajín de tranvías, coches y gentes en constante movimiento. De día, un hervor de comerciantes, afiladores y músicos fracasados. De noche, un enorme paso de peatones.

—Óyeme, muchacho.

—Oigo.

—Hemos sabido que están preparando una reunión de todos los partidos republicanos. ¡Todos! Izquierdas, derechas y centros. Una reunión para organizarse y establecer la nueva hoja de ruta para la Segunda República. ¡Un comité revolucionario para tumbar al rey!

Llegaron a la puerta del Ministerio de Gobernación, la antigua Real Casa de Correos. El jefe se detuvo delante de él, se encendió un cigarro puro y le agarró por los hombros.

—Y ahora es cuando me dice qué tengo que ver yo con todo esto.

—Martín, consígueme la fecha y el lugar de esa reunión.

Martín, tranquilizador, lo miró a los ojos.

—Eso está hecho, jefe.

—Tienes tres días para hacerlo.

—¿Cómo ha dicho?

—Has oído bien, chico —el alumbrado eléctrico iluminaba su boca, los dientes de color nicotina y el purito que colgaba de ellos—: en tres días quiero saber dónde y cuándo se va a producir esa reunión.

El jefe sabía de sobra que, dependiendo de las circunstancias, ese plazo podía resultar imposible de cumplir.

—Como te acabo de decir, Suñer no hace más que tocar los cojones —siguió Quirán—. ¡Es un viejo hijo de puta! Está metiendo mucha presión a Mola. Que si gastamos mucho, que no somos eficientes, que nos metemos en sus competencias...

—¿Está al tanto de esto el general Mola? —preguntó Martín entre sorprendido y desconcertado.

—¡Oh, sí! Suñer se ha asegurado de ello —afirmó Quirán, preocupado—. De contárselo a él y al mismo ministro. Y a ti, muchacho, te tiene entre ceja y ceja.

Aquella era otra de esas cosas que debía preocupar a Martín.

—Sí, a ti. —Sonreía—. No soporta verte en el Palace. Ni tu puta arrogancia. Ni mucho menos, que le salvases el cuello en León.

Aquella operación con los mineros de Bembibre fue su primera gran acción.

—Yo puedo cubrirte un tiempo —continuó Quirán—, pero si no me das resultados, no podré hacerlo siempre.

El jefe en estado puro; la misma mano que le ofrecía un caluroso apretón le daba un sopapo a mano abierta. Martín pensaba con avidez. ¿Cuántas posibilidades había de conseguir una información como aquella en tan poco tiempo? Cortando los cables oportunos, acertando al centro y a la primera, ¿podría llegar a tener alguna posibilidad? Tampoco creía poder negarse. Como mucho, podría ganar un poco de tiempo y cabrear más a Quirán. Y tener a Suñer detrás, ese viejo miserable, desde luego no ayudaba.

—Jefe, ¿cuándo le he fallado yo a usted? —le confirmó—. Si dice tres días, son tres días.

—Eso quería oír. —Golpeó sus hombros y le acomodó la americana quitándole el polvo.

De la calle Carretas salieron dos prostitutas que se acercaron con pinta de diez pesetas el viaje.

*A mí no me mire, jefe; le dicen a usted.*

—Tu objetivo será Indalecio Prieto. Acércate a él y gánatelo con esa sonrisa de sinvergüenza.

—¿Están metidos en esto los socialistas?

—Por lo que sabemos, no. Pero sabemos poco —aseveró, mirando con desdén a las fulanas—. Lo que sí sabemos es que nada se menea en este país sin que se enteren los socialistas. Y ahora que han roto con la dictadura, y por los seguimientos que hemos hecho, el señor Prieto parece tener más información de la que comparte con sus camaradas.

Deambularon un trecho en silencio. El jefe lo observaba con curiosidad.

—¿Cómo lo haremos? —indagó Martín.

—Tu nueva identidad será la de Carmelo Durella. Representante de un poderoso banquero que desea financiar fervientemente la causa republicana.

*Otra oportunidad. Otra ocasión de entrar en juego y volver al ruedo.*



Curioso que para ser quien uno desea ser, para llevar la vida que uno quiere llevar, tenga que adoptar la identidad de otro. Que solo pueda sentirse en plenitud, en el filo, haciendo suyos gestos y personalidades inventadas. Una suerte, por otro lado, poder jugar a esto sin poner su nombre frente al pelotón.

*Al menos, de momento.*

—Tienes toda la información en el dossier que he dejado en tu habitación del Palace.

—¿En mi habitación? ¿Entonces para qué me ha hecho venir hasta aquí? —preguntó Martín con fastidio.

—Porque yo tenía que volver. —Por primera vez se reía, socarrón—. Y no te desvíes de vuelta, que he visto cómo mirabas a esas dos fulanas.